



Historias inacabadas que viajan en tranvía

Per Ana Cruz

Día 9 de enero, jueves, 3 de la tarde, línea T1, parada ca n'Oliveres

(Esplugues), dirección Bon Viatge (Cornellà).

Los pasajeros que van de pie, distribuidos por todo el tranvía, se ven atrapados sin ni siquiera permitirse un balanceo espontáneo, solo pueden girar la cabeza cual periscopio de 180°. Erguidos, cuerpo contra cuerpo, mantienen la quietud de la tensa calma. Esperan a través de los cuerpos atrincherados de los otros viajeros el momento de ponerse en marcha hasta alcanzar la salida.

Con el *tram* parado, la voz de la conductora advierte por megafonía que el aforo está completo e insta a los viajeros a esperar el próximo tranvía y a que se retiren de las puertas para que las pueda cerrar y no se pongan en peligro.

Cuatro minutos más tarde, en la parada de Pont d'Esplugues, los viajeros que taponan las puertas del tranvía, en un movimiento pendular, tienen que salir fuera para dejar que pasen los que llegan a destino. Luego suben de nuevo y otra vez se tienen que hacer sitio con los codos, tropezar con las



ruedas del carrito del bebé, oler el aliento y la transpiración de los que les rodean o tambalearse por los bruscos cambios de velocidad, pero sin llegar a caerse por falta de espacio.

Hall, un antropólogo americano de los años 60, a las relaciones personales – espaciales en las que el contacto corporal es fácil, se puede oler y sentir al otro, se le puede ver con dificultad y se puede hablar en susurros, lo denomina *distancia íntima* que va hasta los 45 cm y tiene lugar en las relaciones familiares, afectivas y de confianza. Trasladado ese mismo concepto al contexto de un medio de transporte como por ejemplo, al de un tranvía atestado de gente, esa misma intimidad se puede convertir en la distancia de la agresividad, de la invasión del espacio y de la incomodidad.

Llegados a este punto, me quedo sin saber el tipo de emoción que emerge entre viajeros desconocidos cuando se anulan las distancias físicas y resulta imposible alejarse. No obstante, observo desde mi asiento en primera fila que, para contrarrestar la falta de privacidad durante el tiempo que los viajeros pasan apiñados, estos utilizan el método defensivo de no mirar directamente a los ojos de las personas desconocidas con quienes comparten espacio.



Día 10 de enero, viernes, 2 de la tarde, Línea T3, parada de can Rigal (L'Hospitalet), dirección Sant Feliu – Consell Comarcal.

Fuera, en la parada, la gente se agolpa para entrar en el primer módulo del tranvía al lado de la cabina del conductor. En este espacio de 2x1 m contabilizo, desde mi asiento de la segunda fila y con el cuello estirado, 16 personas ubicadas de pie. Sin distancia entre ellos, a los viajeros que están dentro, se les ve que suben de nivel cuando alargan sus cuerpos hasta adelgazarlos y así acomodarse a los nuevos cuerpos que entran avasallando.

Una chica joven, alta y pelirroja que lleva un perro pequeño atado con correa pero sin bozal, consigue entrar y se queda taponando la puerta, que mide 80 cm. Todavía queda gente fuera y un señor de gran envergadura y pelo blanco que parece haber pasado con creces la edad de jubilación y que va detrás de la chica, al mismo tiempo que la empuja con el cuerpo para que le deje espacio, le dice con voz que sobresale por encima de la contaminación acústica del tram:

--¡Echa p' delante que se me va a cerrar la puerta!

La chica también en voz alta responde: --¡No empuje señor! Tenga educación que el perro necesita tiempo para pasar!



El hombre con voz airada responde: –¡Perros, perros! ¡Primero son las personas y no los perros! Y continúa con el mismo tono: –¡Desde cuándo importan más las personas que los perros!

La chica, ya sin contestar, se abre paso como puede hacia el interior del tranvía y mira hacia su perro al que le cuesta andar, se echa hacia atrás, mira y remira por donde le señala su dueña, y necesita finalmente el tirón de la correa para poder dar el gran paso y ocupar, sin pagar billete, el lugar elegido por la joven.

Según noticia de **elPeriódico** (18 diciembre 2023), el Ajuntament de Barcelona anunció a finales de 2022 el *sorpasso*: por primera vez en la historia, el número de perros en la ciudad supera al de los niños. Y en 2024, la cifra alcanza los 175.000 perros, es decir, casi un perro por cada diez personas.

La estadística creativa que utilizan para redactar la noticia predice que nos toca casi un perro por cada diez personas. Si estos datos se aplican en escenarios de la vida real, como el viaje en tranvía con el aforo teórico máximo de 372 viajeros, incluso si se hace un reparto creativo, ¿a cuántos perros toca por persona?

Y aquí, yo me borro de la lista.

**Sábado, 11 de enero, 5 de la tarde, Línea T2, parada de Ernest Lluch
(Barcelona), dirección Francesc Macià (Barcelona).**

Por una de las puertas centrales, donde los asientos laterales y de distinto color son indicativos del uso preferente de los mismos, se suben cinco adolescentes entre los 14 y 16 años a los que todavía les esperan cambios corporales. Todos chicos, con un look casual y con corte de pelo de *Barber Shop*, de pie, forman un círculo abierto y ríen a cada pérdida de equilibrio por las embestidas que da el tranvía. Uno de ellos, a punto de caerse, dobla el cuerpo sobre sí mismo hasta la rodilla y todos ríen, incluido él, y mientras se reequilibra con la mirada busca un sitio donde apoyarse. Los chicos se vuelven a reagrupar en torno a uno de ellos que ocupa un asiento de uso preferente cerca del que yo estoy. Sin importarles que alguien les escuche se ponen a hablar en voz alta con un lenguaje cuidado del que escapa algún sonido gangoso. Uno de ellos, les pregunta si se han enterado de lo que ha pasado con una compañera de instituto. La chica se la había chupado a Sergio, al que todos conocen y ahora, cuando ella pasa por al lado de sus compañeros, estos le dicen: – ¡Chupa, chupa! Todos inician una carcajada espontánea que dura un instante y que se corta de forma abrupta y durante



unos segundos no dicen nada. Retoman la conversación sobre el recorrido que tienen que hacer hasta llegar a donde quiera que vayan. Cinco minutos más tarde el *tram* llega a la parada de M^a Cristina. Yo, ahí me bajo, y dejo de escuchar historias inacabadas que circulan por el tranvía.

En 2025, el Trambaix cumple 21 años. En el año de su inauguración, 2004, el marketing de la época promociona el viaje en tram como un paseo con familia y amigos para hacer turismo y conocer algunos de los municipios del Baix Llobregat. En 2023, el Trambaix registra más de 21,8 millones de viajes y bate su propio récord. Cuando transitas por el tranvía con tantos miles de viajeros que lo usan a diario, y aunque no lo informen las campañas publicitarias, la posibilidad de un mal viaje siempre está ahí, pero me quedo con lo positivo, he llegado a: FINAL DE TRAYECTO.